

LA FALLIDA REFUTACIÓN DEL ESCEPTICISMO EN *CONTRA ACADÉMICOS III*

Luis Bacigalupo

[1]

¿Depende la felicidad humana de la posibilidad o la imposibilidad del conocimiento teórico? ¿Requiere la vida buena de una relación estable con la verdad como adecuación del intelecto y la cosa, o puede ser lograda a pesar de la presencia recurrente del error? ¿Es la búsqueda de la verdad sin su posesión como conocimiento teórico un estado incompatible con la felicidad, un deseo ilusorio que nos condena más bien a la frustración? Estas y otras preguntas quisiéramos poder plantearle a Agustín y a sus amigos, en su retiro campestre de Casisiáco, en el año 386. Pero como no aún es posible viajar en el tiempo, tenemos que contentarnos con el registro de sus conversaciones, que es el diálogo titulado *Contra Académicos*. Las preguntas que hemos planteado reflejaban las dudas del escéptico del siglo XXI, y me propongo en estos veinte minutos tratar de ajustarlas a las dudas que el escepticismo de la Academia platónica planteaba a los filósofos del siglo IV. Aquellos jóvenes que se reunían con Agustín en Casisiáco se habían impuesto la heroica tarea de vencer esas dudas y consolidar sus creencias mediante el recurso a la dialéctica, a la matemática y a la autoridad.

Pero los escépticos contra los cuales habrían de dar batalla en aquellas legendarias reuniones rurales eran los académicos, es decir, escépticos de bajo calibre. En su desarrollo histórico, la Academia de Platón había adoptado una orientación de pensamiento que hacía que sus miembros se llamaran a sí mismos escépticos, a pesar de que otros filósofos, ajenos por completo a la herencia platónica, reclamaban el nombre en exclusividad, y dudaban que los académicos realmente lo fueran. En lo que sigue llamaremos pirrónicos a los escépticos no-platónicos, de grueso calibre, y académicos a estos otros, que mojaron su pólvora al centrar sus preocupaciones epistemológicas entorno al problema de la sensación. Su tesis principal era que, en la percepción no hay garantía alguna de que los sentidos registren los fenómenos como ellos realmente son. De donde se sigue para ellos que no hay manera alguna de estar seguros acerca de las características externas del fenómeno, y mucho menos, por tanto, del objeto y su esencia. Es más, es completamente posible tener sensaciones de fenómenos cuyos objetos no están presentes o que simplemente no existen.

Los pirrónicos no se dejaban impresionar con esos fuegos artificiales. Ellos concentraron su atención en otras preocupaciones epistemológicas, muy distintas, que se originaban en el problema del sentido, y no en el de la sensación. Su tesis principal era que para entender y ordenar el mundo en el que uno vive, hace falta rescatar sentidos. Éstos, sin embargo, no proceden de ninguna fuente cognitiva, como afirman los dogmáticos, sino sólo de los fenómenos mismos. Pero, una vez ante los fenómenos, en lugar de estancarse, como los académicos, en la discusión de si los captamos o no tal como ellos se nos presentan, los

pirrónicos se concentraban en el problema hermenéutico, es decir, en la tarea de dar con su sentido. Ahora bien, para dar con el sentido de los fenómenos se requiere de ciertos datos que necesariamente nos colocan ante un marco conceptual predeterminado, es decir, ante una cierta precomprensión de los mismos. Con ello, se ingresa en el círculo lógico que comporta toda interpretación.

Es necesario advertir que en la época de Casisiaco, Agustín tenía apenas 33 años de edad y que se hallaba lejos de haber madurado su posición frente a las preguntas filosóficas de fondo. El *Contra Académicos* es en ese sentido un libro temprano. Como su título indica, contiene una muy buena argumentación contra los escépticos académicos, contra quienes se despliegan unas baterías que hacen mella. Pero ni uno solo de esos disparos afecta en lo más mínimo al escepticismo pirrónico. Es más, la posición filosófica de Agustín maduro, el obispo de Hipona, se construye sobre una base epistemológica que es manifiestamente hermenéutica y, en muchos sentidos relevantes, francamente pirrónica.

[2]

¿Por qué cuesta aceptar la tesis de que un teólogo y filósofo cristiano, de la talla de San Agustín, haya desarrollado su pensamiento sobre una matriz epistemológica escéptica? La respuesta a esta pregunta parece estar en lo que solemos inmediatamente suponer como tesis principal del escepticismo. Se suele creer que el escepticismo niega que sea posible para el ser humano alcanzar la verdad. Sobre ese falso supuesto, el propio Agustín y la totalidad de la filosofía medieval supusieron que era una disyuntiva excluyente: O se es cristiano y se acepta que la Verdad está al alcance del ser humano, o se es escéptico; pero no cabe una componenda. Sobre el mismo supuesto erróneo, provocado por el escepticismo írrito de la Nueva Academia, Agustín se propuso demostrar que la tradición platónica había sido traicionada, y que, si es que se abrigaba alguna esperanza de consolidar la nueva creencia religiosa, era indispensable, en primer lugar, vencer el desafío escéptico, y acto seguido vincular al cristianismo con el pensamiento original de Platón.

La mente del joven Agustín era lo suficientemente aguda como para percibir que la oposición de ser y fenómeno era un supuesto fundamental sobre el cual construía su posición el escepticismo de los académicos. Concedió que no parecía haber realmente un conocimiento directo de los objetos del mundo, sino más bien una aprehensión indirecta y mediatizada por la imagen que éstos producen en el alma; pero comprendió, asimismo, que su tarea como filósofo platónico era impedir que la brecha supuesta por esta mediación fuese presentada de tal manera que hiciese imposible el conocimiento mismo. Lo que la auténtica filosofía platónica debía garantizar contra los académicos, era que a partir de la imagen impresa, la mente fuera capaz de deducir el ser, la naturaleza o la esencia de la cosa percibida. Esto pasaba, desde luego, por descartar la sospecha exagerada de los escépticos de la Academia respecto de la sensación.

Al igual que los estoicos, los académicos buscaban la tranquilidad del alma como meta última de la filosofía. Sin embargo, cuestionaban la filosofía estoica al denunciar la inconsistencia de dos de sus premisas básicas: (1) Que el hombre sabio no da su asentimiento a opiniones, sino al conocimiento verdadero, y (2) que las percepciones

sensibles verdaderas pueden ser distinguidas de percepciones falsas mediante una señal de autenticidad (Cfr. Cicerón, *Academica* 2.40). Los escépticos, en general, indicaron siempre que los estoicos eran incapaces de dar una explicación clara de esa señal, es decir, del criterio dirimente. Por consiguiente, si nada podía ser percibido de modo auténtico, no se podía excluir la posibilidad de error. En ese caso, acerca de las cosas sensibles siempre era posible sostener al menos dos opiniones contrarias. ¿Qué implicaba esto respecto del hombre sabio, aquel que no se puede llevar nunca de opiniones? Implicaba una de dos cosas: O que no hay hombres sabios, o que lo sabio es suspender el juicio para no dar asentimiento a una simple opinión.

El éxito de la argumentación escéptica radicaba en el fracaso de la posición contraria. Si se descubría y denunciaba la insuficiencia de las tentativas rivales, se había tomado posesión del terreno en disputa, aun cuando la cuestión filosófica quedase irresuelta. Simplemente, los escépticos habían anticipado su irresolución. De este modo, estos filósofos encontraron en su propio camino hacia la subjetividad, esto es, hacia aquel estado de suspensión del juicio en el que hacían descansar su identidad. Sin embargo, Agustín creyó advertir que los escépticos académicos no habían ido lo suficientemente lejos en esto, es decir, no habían puesto en duda que esa subjetividad fuera inteligible a sí misma. ¿Por qué habría de aceptarse en ese caso un conocimiento directo e incuestionable del objeto que no se aceptaba en ningún otro caso más? En otras palabras, ¿por qué no dudar del yo? Los académicos, en efecto, habían logrado minar todo tipo de percepción y de conocimiento con la duda que engendraban a partir de una práctica dialéctica negativa; pero se mostraban incapaces de aplicar el mismo principio a esta única certeza incommovible: Que si dudo, existo; que si yerro, es porque soy.

[3]

Agustín estaba convencido de que a la mente humana le era directamente disponible un conocimiento de su propia actividad reflexiva. En el fondo, su confrontación con el escepticismo de la Academia, lejos de suprimir su búsqueda de la verdad, le señaló lo que él siempre creyó que era el único modo de aproximación y encuentro con ella. Como lo dice en las *Confesiones*, “amonestado [...] a volver sobre mí mismo, entré en mi interior [...], entré y vi con el ojo de mi alma [...], sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, (vi) una luz incommutable.” (Cfr. *Conf.* VII 10, 16). Es sabido que el proceso de recuperación de la verdad a partir de la autoconciencia fue principalmente, para Agustín, un proceso inspirado en el neoplatonismo. Superadas las aspiraciones sensibles, la mente inicia su ascenso hacia el mundo inteligible donde encuentra los objetos propios del conocimiento.

El catalizador de este movimiento ascensional es la unidad. La unificación de la multiplicidad exterior se logra en la memoria, y desde la unidad de la memoria se alcanza finalmente en Dios. Así, la búsqueda de la verdad puede ser vista como la búsqueda de la experiencia de esa unidad, en la que la mente descubre su propio carácter como auto-presencia. Pero, independientemente del trasfondo metafísico neoplatónico, el escéptico académico había quedado derrotado en la misma medida en que había quedado demostrada la certeza del auto-conocimiento. Algo hay, más allá de toda duda, que el alma conoce con

toda certeza: Que existe. Desde un punto de vista lógico, no es posible convertir la proposición: “Opino que existo” en una opinión propiamente dicha, porque ello implicaría la afirmación imposible: “Opino que no existo”, que es equivalente a la proposición falsa, por auto-cancelatoria, “Opino que no soy capaz de opinar.”

En efecto, es la lógica y no la metafísica lo que saca a Agustín del atolladero en que lo puso el escepticismo académico. Este escepticismo precario incurre, necesariamente, en contradicciones performativas. En *Contra Académicos* el triunfo dialéctico de Agustín se presenta, pues, como una refutación formal sin mayores bríos ni complicaciones. El supuesto rival académico, defendido tímidamente por Alipio, el interlocutor y amigo de Agustín, debe verse obligado a reconocer la prioridad de la verdad inteligible que no se expresa en contenidos metafísicos, sino simplemente en exigencias lógicas básicas. Lo importante, sin embargo, es que a partir de ese momento, el escepticismo académico ya no puede reclamar coherentemente una relación puramente negativa con la verdad. Hay una verdad positiva irrefutable, y, aunque formal, una vez que la mente la tiene en posesión, puede sostener sobre ella la obtención de todas las demás verdades que requiera.

Pero, ¿puede realmente hacerlo? ¿No le estamos regalando el triunfo a Agustín? Veamos el asunto algo más de cerca. La crítica de *Contra Académicos* a la posición escéptica de los académicos procede en dos fases. Primero, Agustín ataca la consistencia interna. En la segunda fase, intenta una suerte de fenomenología del conocimiento que conduzca a demostrar la imposibilidad de los ideales prácticos del escepticismo. Sostengo que en la primera fase Agustín vence, en efecto, al escepticismo académico, pero no al pirrónico, por la sencilla razón de que el pirrónico no comete esas contradicciones performativas. De modo que si la primera fase fuese vista alguien como una refutación del escepticismo en general, tendría que ser considerada como una refutación fallida. En lo que toca a la segunda fase, sostengo que la refutación epistemológica que Agustín emprende en *Contra Académicos* es débil, porque se construye sobre la base de un supuesto platónico, en éste diálogo, no se fundamenta, y que me parece que Agustín deja sin fundamentar en el resto de su pensamiento teológico y filosófico. De manera que, en realidad, estaríamos también ante una refutación fallida.

[4]

El primer argumento de Agustín, dirigido contra la coherencia interna del escepticismo, es como sigue: Si el escepticismo pretende ser una forma de sabiduría, es decir, una reflexión verdadera sobre la condición epistémica y moral del ser humano, entonces está en la posición desesperada de asumir que es una sabiduría sin saber que lo es. Agustín sostiene esta crítica en dos asunciones cruciales: (1) Que la sabiduría debe estar consciente de sí misma para ser sabiduría, y (2) que el conocimiento, si existe, debe ser conocimiento de lo verdadero y no de lo falso. Si un escéptico cualquiera asiente a estos supuestos, cae necesariamente en contradicción. Si no asiente a uno o a ninguno de los dos, su escepticismo no puede ser distinguido de la idiotez. Si la ignorancia escéptica no es idiota, debe poder salir airosa de la contradicción. La segunda suposición, que el conocimiento es de lo verdadero y no de lo falso, es algo que el escéptico no puede dejar de suponer. Él señala, en efecto, que la percepción sensible es imposible porque no garantiza conocimiento

verdadero, es decir, no hay cómo distinguirla de una percepción falsa. De modo que, si el académico no supusiera esta distinción de lo verdadero y lo falso, la percepción sensible no representaría ninguna perturbación para el alma.

Con esto, Agustín cree haber desarmado por completo la posición escéptica, porque ha demostrado dos cosas: (1) Que uno no puede ser sabio e ignorante al tiempo mismo; y (2) que uno no puede aparecer a uno mismo como sabio e ignorante al mismo tiempo. Pero, a pesar de que la refutación formal, Alipio no parece del todo convencido, y le exige a Agustín que la conversación cobre mayor hondura. Alipio aún no ve una derrota total del escéptico. Él todavía piensa que el escéptico no está haciendo profesión de conocimiento alguno cuando se declara sabio, sino que únicamente se muestra a sí mismo como un buscador de la verdad. Así, pues, Agustín se ve obligado a desplegar otra estrategia argumentativa. Convencido de que la posición escéptica es incoherente, procede a ensayar una fenomenología positiva de conocimiento, es decir, busca mostrar lo que es el conocimiento, aquello que es inherente en la estructura de cualquier experiencia subjetiva, con el propósito de hacer manifiesto que la negación escéptica del conocimiento es imposible.

En efecto, el segundo argumento pretende reproducir, en términos generales, el movimiento neoplatónico del alma, que procede de la reducción de lo sensible al sí mismo como subjetividad finita, de la subjetividad finita a la subjetividad divina, y de ésta a la recuperación del mundo sensible por vía de la creación. Pero, creemos que algo sale mal en *Contra Académicos* III, concretamente entre los capítulos 11, 12 y 13. Allí Agustín trata de convencer a Alipio de la certeza de la existencia del mundo y de las verdades matemáticas. Ganado el terreno de la subjetividad como el ámbito en el que pueden anclarse todas las demás verdades, Agustín afirma que “si hay un mundo más seis mundos, es evidente que hay siete mundos, sea cual fuere la afección de mi ánimo, y afirmo con razón que eso lo sé.” En ese mismo capítulo encontramos la famosa frase: “Que tres por tres son nueve y cuadrado de números inteligibles, es necesariamente verdadero, aun cuando ronque todo el género humano.” Asombrosamente, su siguiente movimiento es establecer que esto que se sabe con evidencia merece el nombre de ciencia.

Las ciencias que Agustín parece haber elegido para sostener su posición son la matemática y la dialéctica; sintomáticamente, ambas ciencias formales. En el capítulo 13, Agustín se anima a proporcionar ejemplos de las verdades indudables de las que se considera en posesión por concurso en su mente de la matemática y la lógica. “Si hay cuatro elementos en el mundo, no hay cinco,” “Si el sol es único, no hay dos,” “Una misma alma no puede morir y ser inmortal,” “No puede ser el hombre al mismo tiempo feliz e infeliz,” “No es a la vez día y noche,” “Ahora estamos despiertos o dormidos,” “Lo que me parece ver, o es cuerpo o no lo es.” Esta es la ciencia del joven Agustín, o al menos el punto de partida de una sabiduría que tendría que ir desplegándose conforme se siguiera aplicando el principio de no-contradicción a otros infinitos ejemplos.

No cabe duda de que se trata de un diálogo juvenil, de una obra aún inmadura. Al final, si Alipio fuera un verdadero escéptico pirrónico, tendría que haberle preguntado a Agustín: ‘Agustín, antes de que abandonemos el recinto, contéstame una pregunta: ¿cuál es la conexión de esta ciencia, constituida por estas proposiciones lógico-matemáticas que has enunciado, con el tema de fondo de nuestras preocupaciones, a saber, la verdad y la vida

feliz? En el ejemplo que diste de los caminantes que se encuentran ante una bifurcación, yo supongo que ambos poseen tu ciencia, es decir, ambos saben que es verdad que hay que tomar o el camino de la izquierda o el camino de la derecha. Pero, pregunto yo, ¿de qué les sirve saber eso, si no saben nada más? Esa ciencia de disyuntivas excluyentes no le permite a ningún ser humano decidir qué camino tomar en la vida. Esto es lo que hace sabio al verdadero escéptico: Sabe que nada pierde si excluye al conocimiento teórico de sus decisiones prácticas.’

A sus 33 años, Agustín parece no haber percibido aún este problema. Pero el viejo Agustín finalmente lo resolvió. Su respuesta fue que la conexión verdad y vida feliz se resuelve en la medida en que la ciencia deje de ser teórica y se convierta en ciencia práctica. En su concepción de la ciencia práctica esta es teología bíblica. En esto, Agustín hace básicamente lo mismo que los pirrónicos. Plantea y responde de la misma manera a la misma pregunta. ¿Cómo *creen saber* —no como saben— los caminantes que nunca estuvieron antes en esa bifurcación qué camino deben elegir? Cada uno construye sus propias certezas prácticas, y no lo hace nunca a partir de certezas teóricas o puramente formales, que son completamente irrelevantes, sino a partir de la interpretación de ciertos signos que se ofrecen fenoménicamente ante sus miradas, dentro de un marco referencial complejo que involucra, desde luego, la precomprensión de los mismos. En otras palabras, Agustín toma el camino del mundo de la vida, que es el camino de la hermenéutica y del escepticismo pirrónico, para recuperar desde su fe en Cristo aquella sabiduría que se sabe a sí misma como posesión de la verdad porque es posesión de sentido.

Lima, mayo de 2002